Archivo Histórico de Jalisco Departamento de Investigación y Divulgación

El Tiempo en Jalisco

Año XIV • Núm 39 • Enero 2019

Indice

Editorial 3

Línea del tiempo 4

La Guerra de Reforma 3 5

Editorial

Esta tercera entrega del Tiempo Jalisco, la Guerra de Reforma, le da continuidad a la exposición de los hechos más relevantes acontecidos durante dicha gesta. Los bandos en conflictos: liberales y conservadores mantienen sus posiciones; los liberales en el sur controlan las principales poblaciones jaliscienses; por su parte, los conservadores siguen atrincherados en Guadalajara sufriendo los constantes embates de sus enemigos juaristas.

En el plano nacional; los conservadores cambian de presidente, Zuloaga es derrocado por el Plan de Navidad; su destitución encumbra al más afamado de los generales conservadores, Miguel Miramón: el general-presidente. El gobierno de Juárez, por su parte, continuaba resistiendo en el fortín de San Juan de Ulúa. La prioridad para alto mando del ejército reaccionario, o Restaurador, era tomar esta plaza para dejar acéfala a la causa liberal. Miramón puso bajo sitio el bastión juarista; pero tuvo que levantarlo al ver amenazada la capital de la República por un ejército capitaneado por Degollado. Márquez abandonó la capital tapatía para ir también en defensa de la Ciudad de México; en Tacubaya combatió a los atacantes a los cuales derrota. Su victoria se ve empañada por el número de prisioneros que tomó el general conservador, entre militares y civiles, a quienes manó fusilar al día siguiente. Entre los ejecutados estaban varios médicos que había prestado socorro a los heridos de ambos bandos. Por este hecho Márquez será apodado el Tigre de Tacubaya.

Transcurrido un año de guerra; ninguno de las facciones en pugna lograba una victoria definitiva; el dinero escaseaba y con él las municiones y los víveres. Un soldado sin paga y con hambre no rinde en la batalla. Para solucionar el problema del financiamiento, los liberales por iniciativa del Presidente Juárez decretaron la desamortización de los bienes eclesiásticos; la disposición convertía a todas Iglesias en un botín de guerra para las armas liberales que, con todo el sustento legal y aprobación gubernamental, podían libremente saquearlas.

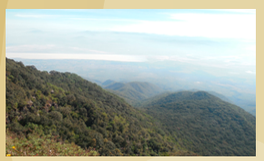
De estos y demás sucesos de la Guerra de Reforma podrán enterarse nuestros lectores a quienes invitamos a descargar gratuitamente la revista electrónica El tiempo Jalisco. Quedamos en espera sus comentarios.

Quedo de ustedes.

Lic. Luis Eduardo Romero Gómez
Director del Archivo Histórico de Jalisco

Línea del Tiempo

21 de septiembre de 1858:
Batalla de las Cuevas de Techaluta



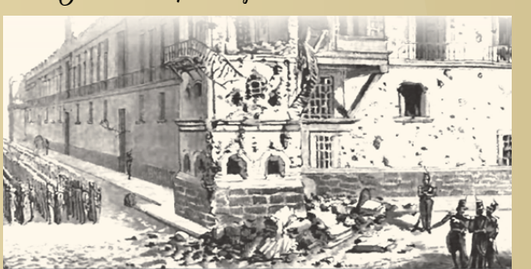
11 de diciembre de 1858:
Batalla del Río Santiago

25 de diciembre:
estalla el pronunciamiento bautizado como Plan de Navidad

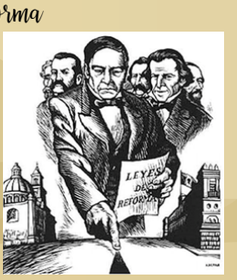
10 de enero de 1859: e
xplota el Palacio de Gobierno de Jalisco.

29 de enero de 1859: Zuloaga nombra presidente sustito al general Miguel Miramón.

10 de abril: tiene lugar la Batalla de Tacubaya



2 de julio 1859: son promulgadas las Leyes de Reforma



La Guerra de Reforma 3

Por el Dr. Fabian Acosta Rico

Ogazón propone expropiar los bienes eclesiásticos en Jalisco

Uno de los principales teatros de combates durante la Guerra de Reforma fue Jalisco; la plaza pasó del control constitucionalista al reaccionario en varias ocasiones. Por ser una región colindante entre el centro y norte de la República, su control resultaba estratégico y fundamental; además Guadalajara era una ciudad comercial importante que podía suministrar recursos económicos a cualquiera de los bandos en lucha. Así que tanto Santos Degollado, por los liberales; como Miramón, por parte de los conservadores, confrontaron sus ejércitos en Jalisco intentando ganar el estado para sus respectivas causas.

Soldados de la Guerra de Reforma

Jalisco de momento era tierra reaccionaria, pero sólo de la mitad hacia arriba. El sur de la entidad permanecía bajo el control liberal y su región norte se mantenía bajo el amago de las huestes y gavillas del caudillo liberal Santiago Vidaurri. Con la mira puesta en sofocar esta constante amenaza, el Joven Macabeo emprendió una campaña militar por los meses de abril a julio en los estados del norte. No obtuvo el éxito que esperaba: las armas reaccionarias sufrieron, además, algunos reveses en Puerto de Carretas, Zacatecas y San Luis Potosí. Estas derrotas de la reacción reforzaron las posiciones liberales norteñas desde las cuales, las fuerzas constitucionalistas emprendían incursiones armadas sobre los estados de Aguascalientes, Guanajuato; y con igual ímpetu mantenían asediadas las costas del pacífico occidental (Cambre, 1949, pág. 124).

Aún no cumplía la Guerra de Reforma su primer año, desde que el golpe estado de Comonfort y el Plan de Tacubaya la detonaran, cuando sus estragos económicos empezaron a pesar y a ser un factor a considerarse por los altos mandos liberales y conservadores. Las guerras son costosas y más las civiles o fratricidas. La beligerancia contra una nación extranjera tiene como incentivo el botín obtenido del saqueo, pero cuando luchas en tierra propia el hurto es en menoscabo de tus conciudadanos; expoliarles sus bienes o imponerles préstamos forzosos trastocan el apoyo en antipatía e, incluso, en antagonismo. El general liberal Pedro Ogazón lo sabía; sus ejércitos padecían por la falta de recursos y para continuar la guerra necesitaba una fuente de financiamiento segura, constante y no tan impopular como los impuestos o préstamos extraordinarios. Creyó encontrar la solución perfecta nacionalizando los bienes de la Iglesia y le pidió su parecer a Degollado en una carta, enviada desde Zacoalco de Torres y firmada el 2 de agosto de 1858; no obstante, la misiva del General era una mera cortesía ante una decisión ya tomada; si recibía una negativa como respuesta, de todas formas haría valer su nombramiento como gobernador e implementaría la desamortización, al menos en Jalisco.

Asistido por razones estratégicas, Ogazón le expuso a su jefe que la apropiación de las riquezas y rentas eclesiásticas estaba justificada dado, que dichos bienes servían para financiar al Ejercito Restaurador. Algo que, sin embargo, desconocía el General y Gobernador de Jalisco era que a pesar de contar con la simpatía de la Iglesia, los conservadores no disfrutaban del todo de su generosidad: pasaban también iguales, o quizás peores, apuraciones económicas que los liberales; quienes, para remediar sus necesidades monetarias simplemente saqueaban, sin santiguarse, cualquier templo. Al hacerlo, a diferencia de los conservadores, no incurrían en ningún agravio a su causa, ni mancillaban sus principios ideológicos. "A desamortizar se ha dicho". No obstante, Degollado contestó a Ogazón con una negativa: "a pesar de consentir y respaldar la medida no se sentía autorizado para decretarla"

General Pedro Ogazón

(Cambre, 1949, pág. 125). La decisión debía tomarla, como al final ocurrió, alguien con mayor dignidad y rango constitucional y esa persona era el Presidente de la República, Don Benito Juárez.

No era bueno para la causa liberal un desencuentro entre los altos mandos del ejército constitucionalista por temas tan delicados, y con tantas aristas, como la nacionalización de los bienes eclesiásticos. Degollado, siempre prudente, cede a la petición de Ogazón y se lo hace saber en persona en Sayula; fue así que el Gobernador de Jalisco pudo decretar la ocupación: "de parte de dichos intereses destinados a la instrucción pública en el Estado en calidad de préstamo, y además dispuso de los réditos de dichos capitales y rentas de fincas de obras pías…" (Cambre, 1949, pág. 126). Esta medida presagió y fue un antecedente de las llamadas Leyes de Reforma, las cuales serán decretadas y firmadas por el Benemérito de las Américas.

Batalla de las Cuevas de Techaluta

El asunto de las desamortizaciones dejó en claro que los liberales aventajaban, y con mucho, a sus antagonistas en el arte de manipular el orden y marco jurídico en su provecho político y económico. Los conservadores no eran hombres de leyes sino de armas que necesitaban de un líder firme y marcial como lo fueron Iturbide, Santa Anna, Osollo y como lo era, en este momento de la historia, Miramón. Esperaban mucho de él y no sólo los generales reaccionarios, el pueblo que apoyaba la causa reaccionaria lo llegó a idealizar; pero él no podía ganar solo la guerra, por mucho que sus victorias militares socavarán a los indómitos ejércitos constitucionalistas. Mientras el caudillo conservador estaba en campaña en el norte, el 17 de septiembre de 1858, el gobernador conservador de Jalisco, Casanova, le plantó por fin combate a las fuerzas liberales que operaban en sur del estado: reunió un ejército de mil 500 de sus mejores soldados y con ellos llegó a Santa Ana Acatlán. El día 20 arribó a Zacoalco y el 21 marcha con rumbo a Techaluta (Pérez Verdía, 1952, pág. 54).

Casanova demostró ser un militar poco experimentado y nada aguerrido. Fue presa fácil para las aguerridas gavillas liberales que operaban en el sur del estado y sopesando bien a su adversario, Núñez y Rocha recomendaron

Techaluta

enfrentarlos directamente rechazando una estrategia más defensiva y prudente como replegar a las tropas a las barracas donde combatirían con ventaja. Degollado secundó el plan y dispuso, por recomendación del coronel Antonio Bravo, que el lugar donde le harían frente a Casanova sería las Cuevas de Techaluta o Cuevitas; por resultar el sitio idóneo para tender una emboscada (Pérez Verdía, 1952, pág. 54).

El día 20 de septiembre llegaron al lugar acordado y montaron la celada; al día siguiente, arribarían los conservadores. A las once de la mañana, la columna del general Casanova penetraba en las Cuevitas; una fuerza liberal, desde lo alto de un cerro, realizó un movimiento en falso y simuló replegarse, incitando al enemigo a avanzar rumbo a la emboscada. Ocultos los liberales,

vieron desfilar a los soldados reaccionarios y cuando los tuvieron a tiro de pistola dejaron caer sobre ellos un diluvio de fuego de fusilería y artillería. Tomados por sorpresa, los conservadores no lograron desplegarse en formación de batalla, ni alinear en batería sus cañones. El ejército del General Casanova es masacrado. El general, con muy escasa tropa, logró huir y el 22 llegó a Guadalajara con: "su segundo general Ponce de León, algunos jefes y oficiales y los restos del 2º. Regimiento y del escuadrón de Seguridad Pública, en el resto del día y el 23 siguieron llegando y presentándose dispersos". (Cambre, 1949, pág. 131)

Blancarte defiende Guadalajara

Sin tiempo que perder, Casanova reunió a su estado mayor para discutir acerca de la apremiante situación: les expuso que la derrota de Techaluta había reducido significativamente el contingente que defendía la ciudad, por lo que resultaba más conveniente abandonar la plaza. En aquella apresurada reunión de Palacio, un hombre escuchaba las apremiantes deliberaciones de un gobernador embargado por el miedo; y enardecido, esperaba su turno para tomar la palabra. Esta persona era José María Blancarte, un general con trayectoria tanto militar como política. Viejo conocido de los tapatíos; había encabezado años atrás el Plan del Hospicio que llevó por última vez a Santa Anna a la Presidencia. Blancarte, a quien no le faltaban ánimos para pelear, les exclamó a sus compañeros en ese cuarto de guerra, que si él estuviera al mando defendería la ciudad. Viendo su férrea determinación, Casanova tomó la decisión de responsabilizarlo de tan osada empresa: le nombró Gobernador y Comandante Militar de la plaza, quedando él como su segundo al mando.

Sabiéndose popular entre muchos de los pobladores de la ciudad, Blancarte se dio a la tarea de reclutar nuevos soldados en los barrios donde más lo apreciaban. Tenía buena ascendiente entre los gremios de artesanos, de cargadores y aguadores y, a sus expensas, logró reunir a más de 600 voluntarios: quienes se sumaron a los soldados que defenderían la ciudad y a los más de 500 de los dispersos en Cuevitas. En total, Blancarte logró reunir a 3 mil hombres que desplegó sobre las fortificaciones que defendían la plaza. El historiador Pérez Verdía da una cifra distinta y asegura que sólo completó escasos mil 800 hombres y 18 piezas de artillería. (Pérez Verdía, 1952, pág. 56).

La ciudad se fortificó con muchos o pocos efectivos (según los conteos de Cambre o Verdía) y, mientras, el ejército liberal avanzaba sin encontrar mucha resistencia. El 25 de septiembre, sus mil 700 soldados tomaban San Pedro; desde aquí, según el plan de general Núñez, comenzaría el sitio de la ciudad de Guadalajara. Al día siguiente, lograron atrincherarse al oriente y norte de la plaza, sin disparos ni enfrentamientos serios. Queriendo ahorrarle a la ciudad nuevas muertes y destrozos, el general en jefe, Santos Degollado, envió una delegación a conferenciar con Blancarte esperando negociar la rendición de la plaza. Los defensores respondieron el cortés ofrecimiento de terrible manera: disparando a discreción. (Cambre, 1949, pág. 133).

Degollado pone bajo sitio a Guadalajara

Como ya se mencionó, en incontables veces fue Guadalajara campo de batalla para liberales y conservadores. Y lo volvió a ser por lo meses de septiembre y octubre. El 27 estaba programado el ataque de los liberales, pero el general Rocha, desobedeciendo sus órdenes, decidió aplazarlo al valorar que aún no estaban listos. Un día más o menos poco importaba. No venían tropas reaccionarias en camino a ayudar a los sitiados. Sin presión exterior y con toda calma, Degollado pudo establecer su cuartel general en el Hospital de Belén, desde donde planeó su estrategia y ultimó detalles. El ataque comenzó con fuego de cañón y fusilería. La capital de Jalisco sangraba nuevamente en sus canteras y las baldosas sufrieron por la metralla. Hasta finales de mes no cesó el bombardeo con su pasmosa sinfonía de destrucción y muerte.

Hospital de Belén hoy Hospital civil de Guadalajara

La tenaz resistencia de Blancarte retrasó la toma y para el 6 de octubre, una noticia alentó el valor de sus hombres: Miramón salía victorioso de la batalla de Ahualulco de Pinos. Celebró con estrépito la

General Leonardo Márquez

tropa reaccionaria la buena nueva, segura de que pronto el "Joven Macabeo" iría en su auxilio con todo su ejército. Lo que no sabían los sitiados es que al general conservador no le faltaba brío y genio, pero carecía de recursos para sacar a sus hombres de San Luis (Cambre, 1949, pág. 137). Quien estaba más próximo y en posibilidades de ir en rescate de

la plaza era Márquez; pero él también les falló a sus correligionarios por no llegar a tiempo. Mientras éstos resistieron con obstinación, sus defensas y parapetos volaron por los aíres: haciendo labor de zapa, los liberales habían colocado minas para hacerlos estallar, consiguiendo horadaciones a la línea norte por los contornos de Sto. Domingo para atravesar las manzanas.

El 27 de octubre siguiendo la estrategia de colocar minas, las fuerzas de Degollado hicieron estallar el fortín de la Calle Santuario. Desde este punto, Coronado entró con 500 hombres; por su parte, el Coronel Antonio Bravo vencía el fortín de Catedral y con una columna tomaba Palacio; donde, quizá enaltecido por su éxito, subió personalmente a quitar la bandera: dejó en el asta su blusa roja para luego retornar triunfante a su cuartel general, alardeando con la insignia de los enemigos derrotados (Pérez Verdía, 1952, pág. 58).

La victoria liberal estaba consumada. Las fuerzas reaccionarias huyeron o se escondieron, y muchos aprovecharon la noche para abandonar la ciudad. Sólo el indómito general Blancarte siguió en pie de lucha, parapetado con 200 hombres en San Francisco. Otro foco de resistencia conservadora era San Felipe (Cambre, 1949, pág. 139).

Asesinato de Blancarte

Una noche larga y atribulada siguió a la victoria de las armas liberales: guerrilleros que habían participado en el sitio, y secundados por una turba de oportunistas, rompieron las cerraduras, a balazos o hachazos, de los comercios de los portales sin otra intención que el saqueo. El primer cuadro y los principales barrios de Guadalajara fueron presa de la rapiña y el caos. El Coronel Bravo salió a poner orden. Para frenar los robos y dispersar a los merodeadores ordenó a sus hombres disparar sobre ellos: muchos cayeron muertos y otros lograron huir. La barbarie cesó y sobre el suelo quedaron esparcidas muchas de las mercaderías hurtadas.

Muchas veces el valor debe sucumbir

Templo de San Agustín

a la sensatez; Blancarte se sabía vencido y sin esperanza alguna: el día 28, desde San Francisco, capituló bajo los términos del convenio celebrado el día anterior. En estos acuerdos, aceptaba rendirse y se comprometía a no hacerles ya jamás la guerra a los defensores de la Constitución; a cambio, él y sus hombres, eran indultados y eximidos de la pena de ser encarcelados. Pudo el General conservador hospedarse en la casa de Julio García sin ser violentado por sus enemigos. El acto de clemencia resultó impopular; entre los liberales no faltó quien cuestionara la indulgencia de Degollado hacia tan aguerrido adversario. Y haciendo a un lado compromisos puestos en papel, un piquete de soldados le aplicó el castigo que a su entender merecía: El 30 de octubre, poco después de las siete de la mañana, Rojas acompañado de D. Julio García y un pelotón de sus subordinados entró a la casa de Dr. Antonio Álvarez en la calle de Palacio y metiéndose a la pieza donde estaba Blancarte lo mató a balazos (Pérez Verdía, 1952, pág. 63).

Contraataque conservador: Batalla del Río Santiago

Insegura y comprometida resultaba la situación de los liberales en Guadalajara; era sólo cuestión de tiempo para que Miramón o cualquier otro de sus generales contraatacara. El "Joven Macabeo" sabía de la importancia de recuperar la plaza, pero tuvo que priorizar el ir en auxilio de la Ciudad de México al enterarse de los planes de Miguel Blanco de atacarla. Dejó a su segundo al mando, a Márquez, a cargo; quien preocupado también por el avance de Blanco decidió no ir en auxilio de Blancarte. El sitio a la capital de la República fracasó y sin esta preocupación,

Puente de Tololotlán

Márquez desplazó su ejército hasta Tepatitlán. El 9 de diciembre se reunió con Miramón en Zapotlanejo y entre ambos completaron una división de 6 mil 500 soldados, con 44 piezas de artillería (Pérez Verdía, 1952, pág. 66).

Ante el inminente ataque no se quedó Degollado a la espera ni a la defensiva. Con la intención de cerrarle el paso al enemigo, desplegó sus tropas en los márgenes del Río Santiago: un total de 7 mil hombres con suficiente artillería. El 8 diciembre de 1858 ocupó, y fortificó, el puente de Tololotlán; y extendió su línea de defensa unos 50 kilómetros, que cubrían el vado del río desde Tololotlán hasta Atequiza.

Empatados en fuerzas, liberales y conservadores se enfrascaron en una nueva batalla, una en la que Miramón hizo prevalecer sus dotes de estratega. El 11 cimbró con su artillería las posiciones de su enemigo y en dos ocasiones, infructuosamente, intentó forzar el paso por el puente. Entonces decide replegar a sus hombres y emprender el cerco del enemigo. A la mañana siguiente, por fin, logra franquear el paso del río por Poncitlán, donde estableció una cabeza de puente; avanza con 800 jinetes y dos mil infantes, más su artillería. A cinco kilómetros de Poncitlán, en las inmediaciones del pueblo de San Miguel, se topó con una tropa liberal de 4 mil soldados a los que vence y persigue a lo largo de 20 kilómetros (Islas García , 1989, pág. 104). Incapaz de frenar el avance de los conservadores, Degollado replegó sus fuerzas

a Atequiza, donde se reúne con Blanco; quien logró contener a los conservadores mientras el grueso del ejército liberal escapaba con rumbo al sur, internándose en las barracas y no sin antes evacuar la ciudad de Guadalajara: la que al poco tiempo fue, nuevamente, ocupada por las victoriosas tropas de Miramón (Cambre, 1949, pág. 164).

Los conservadores recuperan Guadalajara: Batalla de S. Joaquín

El día 16 de diciembre ingresan victoriosas las tropas conservadoras a la capital de Jalisco; Miramón aprovechó para darles un descanso a sus soldados y nombra comandante militar de la plaza al coronel José Quintanilla. En dos días reiniciaría la persecución de los liberales (Pérez Verdía, 1952, pág. 69).

Anticipando el ataque conservador,

Barranca de Atenquique

las tropas de Degollado se fortificaron en las barrancas de Atenquique y Beltrán; por experiencia sabían que desde estas posiciones enfrentarían con ventaja a sus perseguidores. A Miramón tampoco le fallaba la memoria, así que no cayó en la trampa y evitó aquel paso; en una astuta maniobra, logró burlar al ejército enemigo simulando, con una de sus brigadas, que los seguía por el camino ordinario. Gracias a esta distracción, logró mover a discreción al grueso de su tropa por el flaco izquierdo, en pos del camino que lleva a Ciudad Guzmán. Avanza hasta Colima y, ante su proximidad, su gobernador, Contreras Medellín, la evacuó. El 24 de diciembre, el Joven Macabeo toma la ciudad sin la más mínima resistencia.

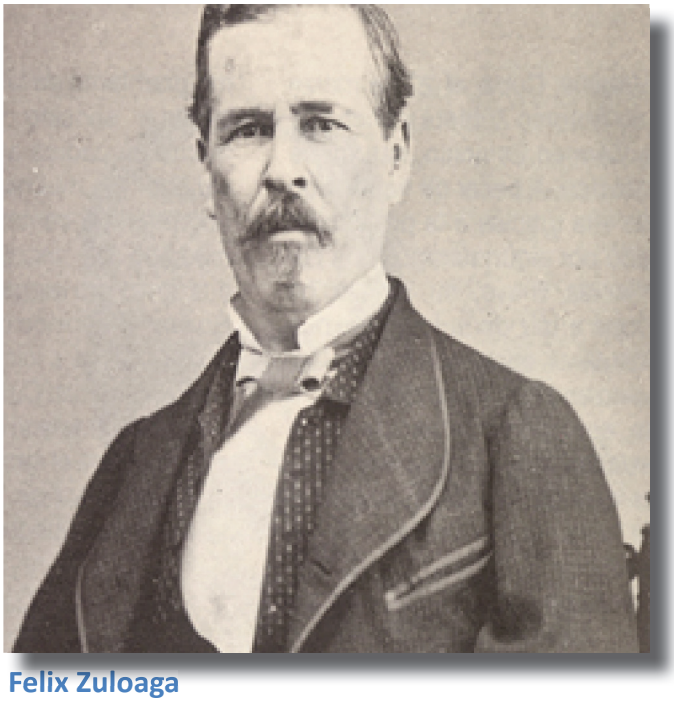
Al día siguiente, Miramón se entera de que Degollado movilizaba sus fuerzas en las proximidades de Colima. Pronto estos dos generales volverían a chocar espadas: Sale con su ejército la madrugada del 26 y, a las ocho de la mañana, da con las tropas liberales apostadas en un bosque y en una barranca cercana a la hacienda de San Joaquín, a ocho kilómetros de Colima. Sin mayores preámbulos, dio Miramón la orden de ataque; el combate fue cruento y en momentos parecía favorecer a las armas liberales, pero su suerte cambió cuando fueron embestidas por una

carga de caballería conservadora. Tras hora y media de lucha, sumó Degollado a su fama una derrota más; le capturaron 300 hombres y 6 piezas de artillería, las únicas que logró montar en la barranca (Cambre, 1949, pág. 167).

Retornó Miramón a Guadalajara coronado con los laureles de la victoria el 30 de diciembre. La ciudad salió a recibirlo y aclamarlo; los liberales, por su parte, huían rumbo a Michoacán.

El Plan de Navidad

Para comienzos de 1859, ninguno de los bandos beligerantes había logrado herir de muerte a su adversario. Los liberales seguían dominando los estados del norte y mantenían posiciones en el sur; los conservadores, por su parte, controlaban las ciudades y poblados más importantes del centro de la República. Zuloaga todavía encabezaba, desde la capital,



Felix Zuloaga

al gobierno conservador y Benito Juárez, el presidente constitucional, permanecía seguro y bien resguardado en fuerte de San Juan de Ulúa, en el Puerto de Veracruz. Conquistar este baluarte y capturar al Presidente se convirtió en una prioridad para el alto mando reaccionario. Alcanzar este objetivo inclinaría la balanza de la guerra a su favor al dejar acéfalo, o sin su líder político, al bando liberal. Y manos a la obra: los conservadores reunieron armas, hombres y conformaron el Ejército de Oriente al mando del general Miguel María Echegaray; quien tenía la orden de atacar el puerto antes de que la época de calor hiciera penoso el tránsito y la estadía por aquellas tierras. Echegaray era un hombre de todas las confianzas de Zuloaga, o al menos eso parecía; sin más méritos militares que la conquista del fuerte de Perote, el general en jefe del Ejército de Oriente obedecía una agenda política propia (Islas García , 1989, pág. 109).

El 20 de diciembre en el pueblo de Ayotla, a seis leguas de México, Echegaray sorprendió a liberales y conservadores al pronunciarse, con un plan que llevaba su apellido, en contra Zuloaga al que acusaba de incompetente. Cometía traición pero no para sumarse a Juárez; tenía la quimérica idea de frenar la guerra, de acabar con este enfrentamiento fratricida llamando a los moderados de ambos partidos. Bajo esta idea, siendo éstos mayoría no les sería difícil pactar la paz haciendo a un lado a reaccionarios y jacobinos; es decir, a los radicales cuyo encono ideológico y apasionamiento político demandaban el aniquilamiento del adversario como única opción para concluir la guerra.

Contemplaba el plan convocar a una asamblea nacional integrada por tres diputados de cada departamento (o estado); quienes redactarían una nueva constitución (Pérez Verdía, 1952, pág. 70).

General Manuel Gómez Pezuela

Un número considerable de generales respaldó el pronunciamiento, 43 en total, desde la capital, el 25 de diciembre, suscribieron un nuevo documento que retomaba algunos principios suscritos por Echegaray, los modificaba y rebautizaba como Plan de Navidad. Los pronunciados reconocieron como cabeza del mismo al jefe de la guarnición de México, al general Manuel Robles Pezuela. Este golpe de estado no conllevó mayores enfrentamientos al interior de las filas conservadoras, por el contrario, sin intimidaciones o amagos, lo secundaron las autoridades de México, Puebla, Cuernavaca y Toluca. Zuloaga, que tenía la virtud de la prudencia, dimitió sin mayores alegatos ni forcejeos políticos; Robles aceptó su forzada renuncia quedando temporalmente como Presidente Sustituto (Islas García , 1989, pág. 110).

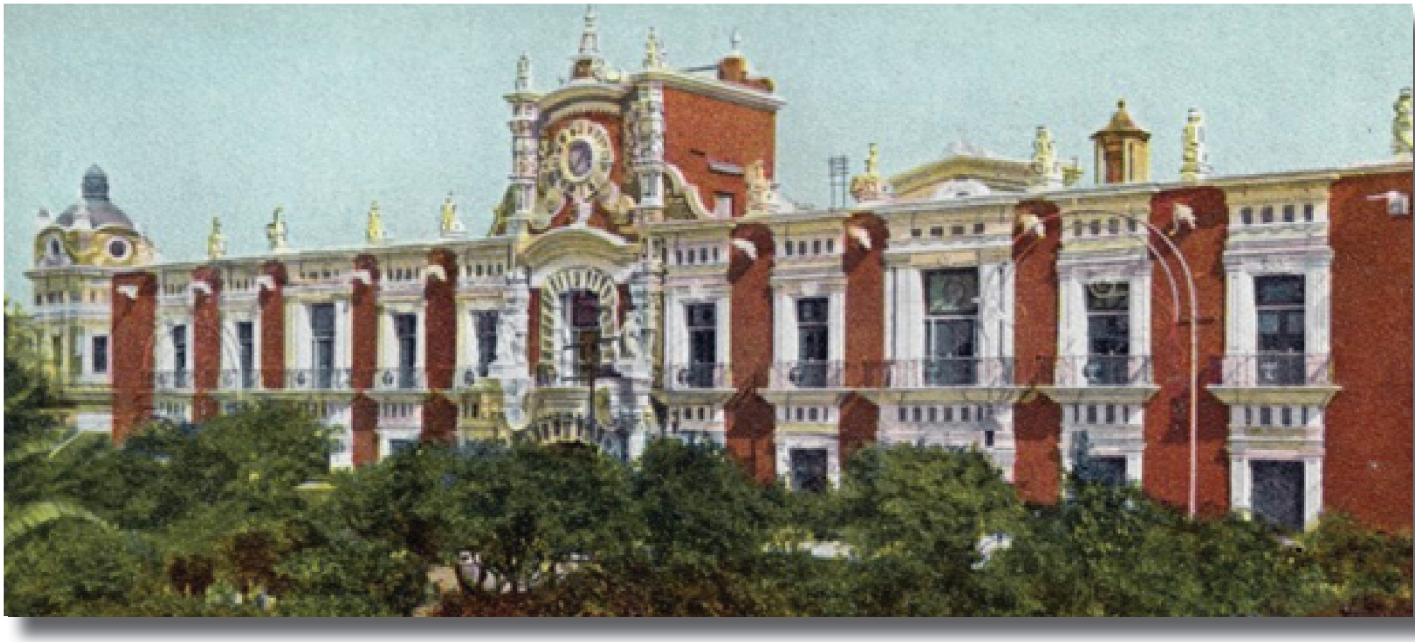
Tanto Miramón como Juárez rechazaron las dos versiones de este plan reconciliador. A ambos personajes les sentaba bien el calificativo de radicales y Miramón apresuró su salida de Guadalajara para ir a la Ciudad de México, a poner orden al interior de su facción. Desconocía que los pronunciados, con apego a lo establecido en el Plan, reunieron el 30 de diciembre una asamblea de 143 vocales encargada de elegir al nuevo Presidente. Sin estar presente, y gracias a su prestigio militar y fama, resultó titular del ejecutivo con 53 de los votos. Robles Pezuela obtuvo 43.

Carente de fondos para movilizar sus tropas hasta la capital, Miramón impuso el 2 de enero de 1859 dos préstamos forzosos de cien mil pesos cada uno. El primero afectó los bolsillos de los ricos y el segundo lo tuvo que pagar el clero. El 8 designó al general Leonardo Márquez como Gobernador y comandante militar del departamento (Islas García , 1989, pág. 112).

Juárez, por su parte no desaprovechó la fractura reaccionaria para hacer una apología

de la integridad de los liberales, señalando que los hechos dejaban en claro quienes peleaban por la causa correcta: la que era asistida por la justicia y la legalidad. En un comunicado a la nación, señalaba Juárez que: "Los sucesos de la ciudad de México os dicen muy alto que allí está el desorden y la anarquía, y que vosotros defendéis la buena causa de la ley, de la justicia y de la moralidad". (Cambre, 1949, pág. 173)

El Palacio explotó: salva la vida de milagro Miramón y a los pocos días es nombrado Presidente de la República



Palacio de gobierno de Jalisco

Si los liberales presumían que su lucha era en defensa de la legalidad y que la diosa razón los asistía, los conservadores eran un tanto más presuntuosos: pues no faltaba el general u oficial que alardeara del tener a Dios de su lado. Y como Dios rara vez habla, para entender hacia dónde se inclinaba su predilección falta pruebas, testimonios o mejor dicho milagros. Muchos de los partidarios del clero creyeron ver un signo de la elección divina en el percance del 10 de enero de 1859. En un hecho meramente accidental, el Palacio estalló y de puro migro salvaron la vida Miramón y Márquez.

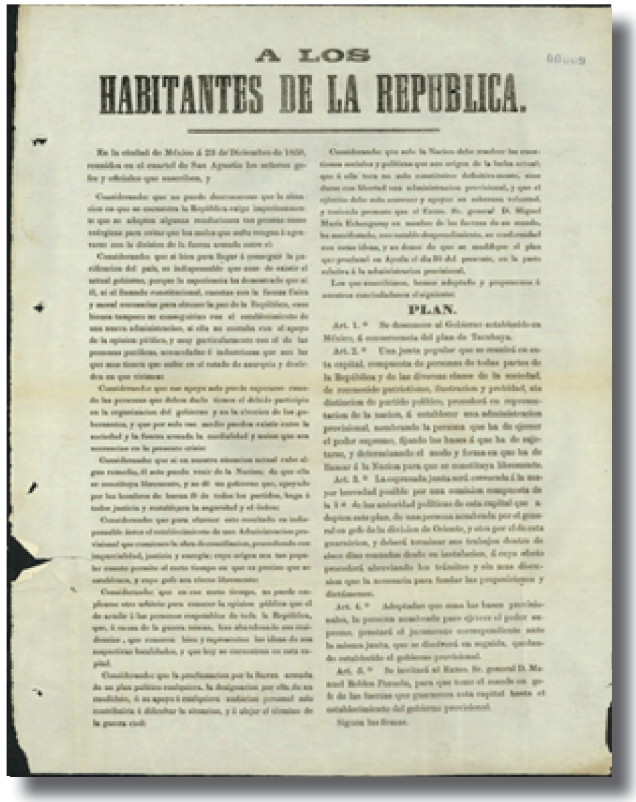
Preparando su salida a la Ciudad de México, las fuerzas conservadoras hacían acopio de sus insumos de guerra en el patio de Palacio; Miramón advirtió que los barriles y cajones donde empacaban la pólvora eran martillados sin precaución. Una chispa, en la fricción de los metales, podría saltar repentinamente ocasionando un desastre. Al poco rato, cuando daban las diez y cuarto

General Miguel Miramón

de la mañana, su presagio se cumplió: la explosión de la pólvora embarrilada, dispuesta en el patio y en los corredores, hizo volar por los cielos el centro del edificio junto con varios de sus cuartos. Como era de esperarse, la denotación sembró la alarma en la ciudad; muchos parroquianos creyeron que se encontraban de nuevo bajo ataque. Más de cien personas, entre civiles, reos y militares perecieron; pero dos personajes, milagrosamente, salieron ilesos: "el salón donde se hallaban Miramón y Márquez, con otros del frente y del costado norte quedaron en pie y gracias a tal circunstancia escaparon afortunadamente ilesos aquellos caudillos". (Pérez Verdía, 1952, pág. 73) Para rescatarlos hubo necesidad de bajarlos casi de rapel por un balcón del siniestrado edificio.

La explosión, por el lugar y la hora, parecía más que un accidente un atentado; uno orquestado con toda la premeditación de acabar con la vida de dos importantes generales conservadores. Por la ciudad corrió el rumor de que la causa de la detonación había sido una mina de pólvora colocada por los liberales antes de abandonar la plaza, cuyo propósito era dañar a sus adversarios en caso de recuperar Guadalajara. Miramón desmintió tales especulaciones, no queriendo sacar provecho de semejantes rumores que dejaban en mal a los liberales. (Cambre, 1949, pág. 179).

Pasado el susto, Miramón emprendió, por el camino a Tepatitlán, su marcha a la capital. Dio con él una comitiva presidida por



A LOS

HABITANTES DE LA REPUBLICA.

PLAN.

Manifiesto impreso del Plan de Navidad

los generales Casanova, Ayestarán y Cosío, que en nombre de los pronunciados del Plan de Navidad traían un decreto, promulgado por Robles Pezuela, en el cual una junta de notables le nombraba Presidente sustituto de la República; situación que, como era de esperarse, hacía urgente su presencia en la Ciudad de México. Para Miramón su prioridad era la guerra y las querellas políticas poco le importaban. Así que se abstuvo ante aquellos generales de dar algún pronunciamiento, simplemente los sumó a su estado mayor y continuó su marcha.

Tras la muerte de Osollo, Miramón se había convertido en la figura militar más reconocida y respetada entre los conservadores. Nadie de sus correligionarios se hubiera atrevido a desafiarlo; y así pudo, sin mayores cuestionamientos, despreciar su nombramiento y restablecer, mediante un comunicado firmado en Chapultepec el 23 de enero, a Zuloaga en la presidencia. Quizá, para dejar en claro que ésta era su voluntad, les exigió a los civiles y militares que habían fraguado su destitución que le rindieran un homenaje; pero lo cierto es que el homenajeado ya no quería el puesto; se sabía rodeado de enemigos y detractores y para el día 29, apelando a su derecho como presidente interino de nombrar a un sustituto y en virtud de tal prerrogativa, nombró a Miramón presidente.

El gobierno de Leonardo Márquez

El único hombre capaz de poner orden entre los conservadores era Miramón. Cabe decir que, por lo general, es muy raro que un militar supa de asuntos políticos y de igual forma, pocas veces, un político resulta ser también diestro en las artes bélicas. Por eso, entre los hombres de uniforme, los asuntos políticos no son apreciados o son para ellos motivos de conflicto, como ocurrió con el Plan de Navidad. En cambio, y para los políticos, el tomar decisiones sobre la guerra, o el simple hecho de sobrellevar sus avatares, les resulta difícil (pocos como José María Morelos, un político nato con grandes dotes miliares). Mientras en la capital los altos mandos de la reacción arreglaban sus diferencias sin disparos, Márquez en Guadalajara organizaba un ejército capaz de contener a los liberales que, de nueva cuenta, asechaban desde el sur del estado. Acudiendo a la leva y poniendo en servicio a todos los oficiales, logró reunir dos mil soldados. Para aprovisionar su artillería estableció una maestranza donde mandó fundir cañones y ordenó elaborar pólvora y proyectiles. (Cambre, 1949, pág. 182)

Como ya lo dije, suele ocurrir que los militares no son buenos para la política ni tampoco tienen las grandes pericias para el gobierno (en el caso de México, Porfirio Díaz es una notable excepción); y así le ocurrió a Márquez, nadie lo quería de jefe. Siendo gobernador, se topó con la dificultad de que las pocas personas honestas y eficientes con las que podía hacer gobierno le renunciaban al poco tiempo de haber aceptado algún cargo público. La solución: tuvo que obligarlas a permanecer en sus puestos mediante un decreto, expedido el 28 de enero en el que especificaba que: "el nombramiento para ejercer un cargo o empleo, imponía el deber de aceptarlo; que una renuncia, para que fuese admitida, debía fundarse en causas justificadas y reconocidas, hacerse por medio de ocursos…" (Cambre, 1949, pág. 182)

Preparativos para el asedio a la Capital y frustrar el ataque a Veracruz

Pasaban los meses y ninguno de los bandos beligerantes obtenía la victoria definitiva; con cada nuevo combate el encono hacia el enemigo parecía acrecentarse. Leyes como la decretada por el general Márquez nos dan una idea de que tan vivo era el odio y el deseo de aniquilar al adversario. En un documento firmado por el también gobernador de Jalisco, el 16 de febrero de 1859, se condenaba a muerte a todos los constitucionalistas; los cuales eran calificados de enemigos del orden y la tranquilidad pública. Señalados de gavilleros, la ley dictaba que serían pasados por las armas, sin un juicio y en un plazo de 24 horas después de su aprensión.

El general Márquez gustaba de tildar de vagos y criminales a los liberales; y como a tales pretendía tratarlos al emprender una nueva campaña sobre el sur de Jalisco; región bajo el control de los ejércitos del general Ogazón. Para la expedición reclutó fuerzas de Guadalajara y Colima; para los conservadores era de vital importancia recuperar el control de aquellas tierras para cortar los constantes asedios a la Guadalajara. Planeaba Márquez abatir a los constitucionalistas y dejar una tropa de 600 hombres en Sayula y Ciudad Guzmán que custodiarían las plazas y estarían listas para aprender o desterrar a los simpatizantes de la causa liberal (Cambre, 1949, pág. 197).

Pero era en otras latitudes no muy lejanas donde se libraban las batallas más decisivas: para los defensores de la Constitución de 1857 la prioridad era la conquista de la Ciudad de México; para Miramón, la espada victoriosa de la reacción, el objetivo era la toma de San Juan de Ulúa.

Márquez tuvo que posponer sus planes de

Pintura del fortín veracruzano de San Juan de Ulúa.

asegurar el dominio conservador sobre todo el estado de Jalisco; fue enterado de que Degollado había ocupado Guanajuato y Querétaro, y que movilizaba un importante contingente formado con tropas que logró reunir del Bajío, listas para hostilizar la Capital de la República. Este estratégico desplazamiento obedecía, nuevamente, a la intención de obligar a Miramón a levantar el sitio que mantenía sobre Ulúa; el inexpugnable fortín donde Juárez y su gabinete atendían los asuntos del gobierno y de la guerra. Márquez mandó llamar a Luis Tapia, el jefe político y militar de Tepic, y le encargó el gobierno de Jalisco bajo la consigna de defender a cualquier costo la ciudad de Guadalajara; tomó mil 200 soldados y nueve cañones, y dejó para la defensa de la ciudad a mil 500 hombres y dos baterías: una de montaña y otra de batalla. (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 199)

Como lo explica Sun Tzu, la guerra es todo un arte en el que debes aprender a restar y sumar con estrategia; al poner los liberales bajo asedio la capital, los generales conservadores estaban obligados a reaccionar descuidando otros frentes. Tras la salida de Márquez de Guadalajara, la presencia conservadora en la región quedó significativamente reducida. Para Ogazón, ésta era una oportunidad para retomar la ofensiva y puso la mira en tomar a la ciudad de Colima. El 27 de marzo reunió a sus tropas en Ciudad Guzmán y le ordenó al coronel Fulgencio Hinojosa, al mando de 300 hombres, que invadiera el estado de Colima. Dispuso que los 500 jinetes de Antonio Rojas y de Hermenegildo Gómez vigilaran la ciudad de Guadalajara; listo a hostilizar, desde la retaguardia, a las tropas que de ella salieran con rumbo al sur (Cambre, 1949, pág. 201).

Emplazada en Ciudad Guzmán y esperando ser aprovisionada de municiones, la improvisada división constitucionalista estaba lista, en abril, para avanzar sobre Colima. Como lo había previsto Ogazón, Tapia envió en socorro de aquella plaza a una columna de 500 soldados de las tres armas, capitaneadas por el coronel Carlos R. Patrón. Esta fuerza avanzó hasta Santa Ana Acatlán; siendo toda la ayuda, Tapia estaba escaso de soldados, que podían recibir los conservadores de Colima. El ocho de abril los liberales ponían bajo sitio la plaza por la parte oriental. Los defensores los recibieron con un nutrido fuego de artillería y fusilería; los atacantes respondieron cortando el suministro de agua a la ciudad, obligando a los sitiados a utilizar la fuente insalubre que podían obtener de los pozos. Al aproximarse Patrón por los rumbos de Autlán, tal y como lo tenía planeado, Ogazón ordenó al Coronel Rojas cerrarle el paso: objetivo que cumplió. Para el quinto día de asedio, es decir, allá por el 13 de abril, los liberales ultimaban detalles para darle el asalto final a la ciudad de Colima; estaban en estos preparativos, cuando el general Moreno logró romper el sitio poniendo en formación a su tropa en dos columnas y sacándola furtivamente por la

madrugada (Cambre, 1949, pág. 205).

Despejada la ciudad de enemigos, los liberales se apoderaron de ella. Esta victoria, como lo comenta el historiador Cambre, levantó la moral del ejercito de Ogazón y le resultó más que redituable, porque el control del estado los dejó dueños de uno de los más importantes y productivos puertos del Pacífico, el de Manzanillo (1949, pág. 206).

Como ya había ocurrido con otros puertos conquistados por las armas liberales, la autoridad conservadora de Jalisco, presidida por Tapia, ordenó suspender con

Puerto de Manzanillo

Manzanillo todo trato comercial por el tiempo que permaneciera bajo el control de los desafectos al supremo gobierno… .

Mientras tanto, en el otro frente, Degollado lograba reunir un ejército de 6 mil hombres con tropas de San Luis Potosí, Zacatecas, Querétaro y Guanajuato; que sumadas a las de Jalisco y Michoacán, salieron de Morelia llevando consigo 20 piezas de artillería. Para el día 14 de marzo, salía este ejército de Querétaro, listo para atacar la capital de México. A su retaguardia le dio alcance un contingente reaccionario de 3 mil hombres, de la División Norte, comandado por los generales Gregorio Callejo, Tomás Mejía y Manuel Calvo. Libraron combate en las proximidades de la Hacienda de Calamanga y ambos ejércitos abandonaron el campo de batalla dejando un número considerable de muertos y heridos, y sin poder proclamarse vencedores.

Hostilizado por Callejo, Degollado desplazó su ejército hasta el Valle de México. Todo marchaba conforme al plan: el 21 de marzo sus hombres divisaron la Ciudad de México, quedando posicionados en Tacubaya y Chapultepec; desplegó su artillería por la calzada de la Verónica, con dirección de Tlaxpana y por camino a Tacubaya. Con estos movimientos tácticos podía esperar el general liberal a su "invitado": al general Miramón a quien, como ya se mencionó, quería atraer para que cesara su ataque al Puerto de Veracruz. Pero el esperado tardó llegar; el que sí se presentó fue el general Márquez, quien, el día 26, salió de Lagos con rumbo a Guanajuato y de allí marcho para la Capital.

En breve tendría lugar uno de los episodios más cuestionados y sangrientos de esta fratricida guerra: la Batalla de Tacubaya.

Batalla de Tacubaya

El 2 de abril, Degollado ataca con desfortuna la Ciudad de México y a los 5 días aparece quien será su rival en esta refriega: el voluntarioso general Leonardo Márquez, quien ingresó a la ciudad con una columna de las tres armas; con esta fuerza le plantó cara al "Héroe de las derrotas". El día 10 abril, a eso de las seis de la mañana, salía Márquez con

Ilustración de la Guerra de Reforma que recrea los daños sufridos por el Palacio Nacional

sus huestes para San Cosme con la intención de llegar a Tacubaya donde lo esperaba Degollado. A las once de la mañana, allá por los rumbos de los Morales, los dos ejércitos, el liberal y el conservador, estaban listos para entrar en combate. Pasadas las doce del día, el fuego de artillería retumbaba por las lomas de Casa Mata y poco más tarde llovía metralla por Molino de Valdez; y así continuó aquella bélica jornada, entre movimientos tácticos y combates esporádicos, hasta que cayó la noche.

Al día siguiente, a las nueve y media de la mañana, los enfrentamientos continuaron con denodado vigor; las columnas de Márquez se lanzaron sobre el Molino del Arzobispado, en Tacubaya, donde intentaron repelerlas las armas liberales. A pesar de su encono y obstinación son vencidas y obligadas a replegarse hasta Tacubaya; a las once la batalla estaba consumada, arrojando como ganador al general Márquez; quien coronó sanguinariamente su victoria tomando 206 prisioneros a los que mandó fusilar; incluyendo a los médicos que, sin distinción de bandera, atendían a los heridos. Tarde, muy tarde, llegaba Miramón. El general tomó en Puebla una diligencia de la que bajó para salvar el trayecto restante a caballo. Márquez supo de su llegada cuando se encontraba ya en Chapultepec y de inmediato lo buscó para darle, de propia voz, un informe de la batalla. No anticipó el Joven Macabeo aquella victoria que hizo inútil, o infructuoso, el levantamiento del sitio de Veracruz. Ese fue siempre el propósito de los liberales y razón

por la cual Degollado, a pesar de la derrota, le escribía a Juárez para hacerle partícipe su gozo en la desgracia: se había sacrificado en aras de salvar al gobierno constitucionalista. Volver a levantar un ejército, sobre San Juan de Ulúa, no le sería fácil ni barato a Miramón.

Márquez pasaba, sin duda, por su momento más apoteótico; llegando

Ilustración de la época recreando una batalla entre liberales y conservadores

incluso a eclipsar al propio Miramón, quien posiblemente ya recelaba de la fama de su compañero de armas y de partido: sobre quien ya pesaba la acusación de haber mandado fusilar, injustificadamente, a varios civiles que auxiliaban a los heridos dejados por los combates. Por la crueldad de tal acción, Márquez recibió el mote del "Tigre de Tacubaya". El "Tigre" tuvo su entraba triunfal a la Ciudad de México, el día doce, encabezando con uniforme de gala a su victorioso ejército; lo escoltaban los generales Mejía y Zires. Márquez hizo desfilar con él a los prisioneros y exhibió en la marcha, a manera de trofeos por la victoria, la artillería y los trenes quitados al enemigo. Y como si no fuera ya suficiente homenaje al vencedor: el gobierno reaccionario distinguió al general Márquez con la banda azul de divisionario; misma que le ciñó el presidente Miramón (Cambre, 1949, pág. 209).

Mientras tanto, el general Degollado huía de Tacubaya sin mayores pesares y con el descargo de haber cumplido con su deber; pudo rescatar buena parte de su ejército y con todo orden marchó para Morelia donde expidió, el 18 abril, un manifiesto explicando lo ocurrido en el Valle de México. Siguiéndole los pasos, el general Márquez dejó, un día después la Ciudad de México, capitaneando una fuerte división; con sus tres mil soldados llegó también a Morelia y tomó la plaza pacíficamente; pues su defensor, el general constitucionalista Epitacio Huerta, la había abandonado por carecer de artillería.

Guadalajara aguardaba a su gobernador también para ovacionarlo; tal parecía que el sangriento crimen del general, cometido en Tacubaya, debía ser blanqueado con loas y homenajes. El 15 de mayo una frenética muchedumbre recibía a Márquez; flores y arcos del triunfo adornaron el ingreso del general. Con un trato casi de príncipe, un par de niñas: Jovita Morelos y Teresa Aranton colocaron sobre su cabeza una corona de

laurel de oro con la inscripción "El valor conquista los laureles"; y para elevar aún más la majestuosidad de su atuendo, le colocaron sobre su pecho una cruz también de oro que decía: "La cruz inspira valor" a la vez que una comisión del Ayuntamiento le entregaba un bastón con puño de oro y pedrería con la leyenda: "La Ciudad de Guadalajara al Exmo. Sr. Gral. D. Leonardo Márquez vencedor de Tacubaya, 1859": "Fue llevado luego a Catedral donde se entonó un Te Deum y de allí a su habitación, en la cual el Gobernador, el Ayuntamiento, el Obispo y las corporaciones eclesiásticas lo felicitaron en calorosos términos" (Pérez Verdía, 1952, pág. 80).

Retrato en uniforme de gala del General Antonio López de Santa Anna

Igual que Antonio López de Santa Anna, a Márquez le gustaba el trato de alteza serenísima y el pueblo de Jalisco deseaba, con sobradas ansias, tributárselo. Los jaliscienses estaban orgullosos de su gobernador, quien prefería andar en campaña que ocuparse de los asuntos de estado. Por eso cuando Tapia, el gobernador suplente, le quiso entregar el cargo, lo que hizo fue refrendarlo a él e irse a continuar con su lucha contra el ejército constitucionalista; que a pesar de estos reveses seguía en pie y prosperando en otros frentes: por ejemplo, obtuvo un par de victoria significativas en Mazatlán y Colima que compensaron la derrota de Tacubaya al darle a los liberales el dominio casi total del litoral del Pacífico.

A estos triunfos se sumó otra victoria, quizá más trascedente en el ámbito diplomático, al obtener el gobierno de Juárez el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos; el cual rompía relaciones con la administración de Miramón. Estados Unidos fue, por mucho, el mejor aliado con el que contó el Benemérito de las Américas en su guerra contra los conservadores. Tambien los conservadores buscaban aliados y queriendo atraer para su causa a Antonio López de Santa Anna, le ofreció Miramón al caudillo la devolución de todos sus bienes que le fueron incautados en virtud del artículo 2 del decreto expedido el 10 de diciembre del 1856.

Por aquellas fechas prohibió el gobierno reaccionario cualquier transacción comercial con el puerto de Veracruz en una medida, casi desesperada, de boicotear económicamente al gobierno de Juárez.

La toma de Tepic

Regionalmente otro teatro de combates, importante por sus particularidades, era el Séptimo cantón o de Tepic; allí permanecía en pie de lucha Manuel Lozada, el Tigre de Álica. Este caudillo defendía la causa agrarista de los indios del Nayarit, y era el principal y más visible promotor de convertir el cantón en un estado independiente de Jalisco. El rival de Lozada en esta disputa era un joven oficial, sin instrucción militar, de nombre Ramón Corona; quien operaba en la región bajo las órdenes del coronel Bonifacio Peña. El día 11 de junio ambos derrotan en el Espino a Lozada y lo obligan a evacuar Tepic. Corona ocupa la plaza y tras la muerte de Peña quedó a cargo de la sección; Ogazón lo ascendió a Coronel y lo nombró Jefe político del cantón con amplias facultades (Pérez Verdía, 1952).

En dos ocasiones intentó Lozada reconquistar la ciudad: en la primera, ya recuperado de su anterior derrota, amagó la plaza. Con su tropa bien plantada salió Corona y lo rechazó. El 24 de junio volvió a la carga el Tigre de Alica; en esta ocasión la ciudad estaba regularmente fortificada y además recibió refuerzos: llegaron 700 soldados que venían de Mazatlán, capitaneados por los jefes liberales Manuel Márquez e Ignacio Valenzuela.

Por aquellas fechas, Márquez, el otro "tigre", salió el 28 de mayo de Guadalajara a recibir una conducta de Guanajuato destinada a embarcarse en San Blas; la trajo consigo el 15 de junio y el 28 recuperaba la ciudad de Tepic, tras dejarla Corona y Márquez quienes se replegaron a Santiago Ixcuitla.

Por estar ocupado por los liberales el puerto de San Blas, el general Márquez tuvo que embarcar la conducta en Sta. Cruz; cumplida su misión, resguardó Tepic con un batallón de infantería y un cuerpo de caballería, a las órdenes del Gral. José M. Moreno, y retornó a Guadalajara (Pérez Verdía, 1952, pág. 84).

Leyes de Reforma

Plazas caían, ciudades y pueblos eran recuperados por ambas fuerzas beligerantes. La guerra continuaba y parecía no tener fin. En su disputa: liberales y conservadores buscaron hostigarse en otros frentes: el diplomático, el económico pero también el político. Para los conservadores era una prioridad política revertir la reforma emprendida y establecida a través de la Constitución de 1857; ellos querían restablecer la vieja república propuesta por la Constitución de las Siete Leyes de carácter centralista. Imponer dicho orden y dar la impresión de tener el control sobre la República parecía fácil en el papel, pero sumamente complicado en la práctica. Los liberales sabían defenderse y sostener con las armas sus ideales, e igual que sus adversarios, querían impulsar su agenda política radicalizando muchos de los principios de la Constitución.

Por el trece de julio de 1859 se daba a conocer en Guadalajara, mediante un bando que Miramón firmaba que, en los antes estados ahora departamentos, habría un gobernador sujeto al gobierno supremo de la República (centralista). Para ser gobernador los requisitos serían los siguientes: ser mexicano en pleno ejercicio de sus derechos, tener como mínimo 35 años de edad, disponer de un capital físico o moral que le garantice una renta de mil 500 a 2 mil pesos anuales; no haber sido jamás sujeto de alguna condena judicial y, finalmente, gozar de una loable opinión y fama. Quizá el punto más importante de dicho artículo, que transparentaba el tono político del régimen conservador, era el referente a la elección de los gobernadores:

> El nombramiento de gobernador se hará por el gobierno supremo de la República, oyendo, cuando lo juzgue conveniente, la propuesta que le haga por el respectivo consejo departamental, contenida en una lista de cinco personas por lo menos, y la consulta que sobre ella extienda el consejo del Estado.

Alegoría de las Leyes de Reforma

El gobierno conservador le apostaba a otro tipo de democracia, distinta a la representativa; creían en una de facto, ejercida de manera directa por el pueblo con observancia a los usos y costumbres establecidos y consolidados por la tradición. Los liberales pensaban de manera muy distintas; y sus reformas, que expidieron atrincherados en Veracruz, tenía no sólo más trascendencia sino también una repercusión directa, en el plazo inmediato, sobre la guerra. La reforma juarista se propuso atacar, en un nuevo frente, al otro enemigo, el que se escondía detrás de los generales reaccionarios, el clero. En efecto, para Juárez y sus ministros una forma eficaz de acabar con el conflicto era socavar el poder económico de la Iglesia; con esto en mente, el 12 de julio, en Veracruz, decretaron la nacionalización de todos los bienes del clero secular y regular: establecieron la separación definitiva entre la Iglesia y el Estado, y suprimieron todas las órdenes religiosas. Respecto a los inmuebles expropiados, la ley refería que:

> Los bienes de manos muertas y edificios que ocupaban las comunidades religiosas, se debían rematar en subastas públicas, bajo la base de que se recibiesen en dinero la tercera parte del precio del avalúo y en créditos de la deuda nacional reconocida, la otra tercera parte… (Cambre, 1949, pág. 242).

Días después, el 23 del mismo mes, el gobierno de Juárez expedía otra ley que establecía que el matrimonio es un contrato civil; y el 28 quedaban establecidos, tambien mediante una ley, los jueces del estado civil y el 31 quedaban secularizados los cementerios.

Las desamortizaciones de los bienes eclesiásticos tuvieron un doble efecto benéfico para los liberales; ya que por un lado les abrió a estos, como ya lo mencioné, una beta de financiamiento que con urgencia necesitaban para solventar los gastos de guerra; y por el otro, obligó al clero a ocultar sus bienes, incluso a los conservadores, por miedo a que estos fueran denunciados y vendidos por el gobierno juarista. Un bando ganaba y otro perdía a raíz de las nuevas leyes. Lamenta el historiador Pérez Verdía las condiciones en las que tuvieron lugar las desamortizaciones; en estimaciones de su época, la Iglesia poseía una riqueza de entre los 45 y los 80 millones. La mayor parte de las fincas y tierras desamortizadas fueron malbaratadas; y lejos de ser distribuida su ganancia para ayudar en la formación de una numerosa y afanada clase media terminaron, en su mayoría, en manos de unos pocos acaparadores y oportunistas que, con el tiempo, se consolidaron como una plutocracia mayoritariamente latifundista (1952, pág. 87).

En Guadalajara, el gobernador sustituto Tapia se pronunció oficialmente contras las Leyes de Reforma; expidió un documento al

respecto y lo transcribió al cabildo eclesiástico de la ciudad, al Ayuntamiento, al Tribunal de Justicia, a los empleados de gobierno; exhortándolos, a todos, a protestar contra la disposición: el Gobernador desaprobó y criticó las desamortizaciones, señalando que eran contrarias al derecho de propiedad observado, incluso, en las naciones menos civilizadas; apuntó que sin bienes toda organización política es un sueño (Cambre, 1949, pág. 251).

Campaña de Tepic y Jalisco

En Jalisco los combates continuaban, sobre todo en el séptimo cantón. El gobernador Tapia recurrió a la ensayada práctica de clausurar los puertos bajo el control del enemigo y así le ocurrió al de San Blas.

El 9 de agosto, la Comandancia imponía un préstamo forzoso por cien mil pesos y Márquez salía de la ciudad al frente de una fuerza de 2 mil hombres, y doce cañones, con rumbo al sur. El día 3 de septiembre llegó a Zapotlán; ante su proximidad, el general Ogazón se replegó y tomó posiciones en la barranca. Sabiendo que su adversario tenía la ventaja en dicha posición, Márquez da la media vuelta y envía desde Zacoalco la brigada Orihuela para Guadalajara. (Pérez Verdía, 1952, pág. 88)

Desde la capital tapatía, Tapia también se mantenía activo desde su puesto: siguiendo la política de sumar y no restar, les concede un indulto a todos los desertores. En muchas batallas, las pérdidas más significativas se reportaban no tanto por los muertos o capturados, sino por los dispersos y los desertores: lograr que los soldados retornaran después de una derrota era prioritario para poner un ejército de nuevo en pie de guerra. Con la disposición de Tapia se les permitía a los desertores el reincorporarse a su lugar de residencia, en el lapso de un mes desde la expedición del decreto, y ponerse, sin represalia alguna, a disposición de la autoridad política o militar.

Mientras tanto, Ogazón retomaba Zacoalco a la par que Márquez ingresaba a Guadalajara. Los liberales podían movilizarse con plena libertad por el sur del estado, mientras los conservadores seguían acantonados en la capital tapatía. Fue así que el general Esteban Coronado, después de ocupar las plazas de Irapuato, Zacatecas, Durango y Mazatlán, pudo aproximarse sin mayores sobresaltos a Tepic dispuesto a rendir la ciudad; objetivo que, no sin sacrificios y perdidas, alcanzó: tras un reñido combate pudo tomar el poblado haciendo al enemigo 300 prisioneros y mandando fusilar al Teniente Coronel Espinosa y al Comandante Tinajeros. Moreno, junto con Lozada y el resto de los defensores, logró huir tomando camino hacia la Sierra (Cambre, 1949, pág. 264).

Así como los liberales hicieron de las barrancas su baluarte, la sierra nayarita era el dominio indiscutible de Lozada; plantado en la serranía, el Tigre de Alica logró reunir a sus tropas dispersas, puso en pie de guerra a varios poblados de la región y se dedicó a asolar los caminos, sobre todo los que comunicaban con Guadalajara. Pronto estaría listo para recuperar la cabecera de su cantón.

Subestimado por sus adversarios, Lozada se presentó a las afueras de Tepic con 2 mil hombres.

El día primero de noviembre iniciaron las hostilidades: Los tiroteos se prolongaron hasta el día 4; y por fin el 5, durante la madrugada, el comandante de la plaza mandó a sus batallones a batirse contra los atacantes, siendo todos vencidos. Muerto Coronado, el mando pasó al Coronel Fernando Cordero, jefe de la sección de Sinaloa; a quien, por cierto, le quedó grande el cargo: intimidado por los atacantes buscó capitular, pero se lo impidieron Márquez y Corona; quienes acordaron salir por la noche con 400 infantes, 200 caballos y dos cañones a contraatacar a Lozada en la Cruz (Pérez Verdía, 1952, pág. 92). Aquella intención valiente no tuvo eco en el alto mando. A pesar de la protesta de Corona, los liberales rindieron la plaza por órdenes de Cordero; y con apego a los acuerdos, salieron de ella los jefes y oficiales con una escolta de 200 infantes: perdiendo 800 soldados y 18 piezas de distintos calibres.

Como ya se mencionó, Lozada peleaba una guerra aparte contra los liberales en su intención de velar por los derechos agrarios de los indios del Nayarit y de la Sierra; mantener su lealtad hacia la causa conservadora conllevaría condescender con sus anhelos y banderas. Miramón lo sabía y, en nombre de esta alianza, le concedió a Tepic el rango de distrito, en atención a la demanda de los lozadeños de independizar su cantón de Jalisco.

La recuperación de Tepic le dio un respiro militar a Leonardo Márquez; de San Juan de los Lagos regresó con una conducta inglesa de un millón 974 mil 897 que le entregó el General Adrián Woll, y que fue depositada en la casa de comercio de los Sres. Somellera hermanos. Tanto dinero junto resultaba una tentación para cualquier general, y más para uno como Márquez que pasaba verdaderos apremios económicos para pagarles a sus soldados. El dinero debía ser remitido al extranjero como pago de obligaciones mercantiles y por tanto sería embarcado en algún puerto; el único que aún se conservaba en poder de la reacción y era viable de momento fue el de San Blas. No faltándoles razones, Márquez le ordenó a Tapia, el 25 de octubre, tomar de la conducta 600 mil pesos. Miramón no tenía mucho que reprocharle a su compañero de armas (y rival político); por los mismos apremios, él también suscribía, el 29 de octubre, un desventajoso y oneroso préstamo: éste era por un monto de 15 millones, de los cuales apenas recibió un millón y medio, la mitad en efectivo y el resto en viejos uniformes y material de guerra. (Fuentes Mares, 1978, pág. 69)

Las malas negociaciones de Miramón no tendrán mayores repercusiones; en cambio, la sustracción de Márquez, como veremos más adelante, le dio al joven Macabeo el pretexto que necesitaba para proceder contra el general que le robaba escaparate.

Bibliografía

Cambre, M. (1949). La guerra de los tres años . México : Gobierno de Jalisco.

Fuentes Mares, J. (1978). Miramón, el Hombre. México : Editorial Joaquín Mortiz .

Islas García , L. (1989). Miramón Caballero del Infortunio . México : Jus.

Pérez Verdía, L. (1952). Historia del Estado de Jalisco. México: Gráfica.

GOBIERNO DE JALISCO